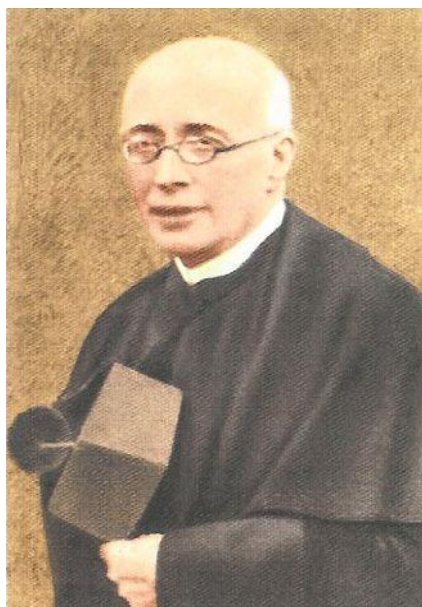


Don Carlo Amirante (1852-1934)



Carlos Amirante nació en Soverato (Catanzaro) el 3 de noviembre de 1852 de Saverio, prefecto de Catanzaro y Rosalia Glialmas. La educación familiar estaba en línea con la más fiel ortodoxia. El joven pensaba entrar a la carrera militar, y por tal motivo asistió a las escuelas de la Nunziatela en Nápoles y después en Turín, donde además de ser laureado en letras y en ingeniería, llegó a ser oficial de los artilleros con el grado de teniente.

En 1870, a los 18 años, fue enviado al asalto de Porta pía en Roma, fue herido gravemente causada por una astilla que le atravesó en la garganta, afortunadamente sin herirla la carótida. Por lo tanto en el hospital del campo cerca de Villa Torlonia, tuvo manera de meditar sobre la excomunión en el cual estaba en curso quien por la participación a aquella acción de guerra. Sanado, pidió audiencia al papa Pío IX para obtener la absolución, pero el papa le dijo que no era necesario, porque había simplemente obedecido a las órdenes recibidas.

Llegada a la vigilia de la promoción a capital, decidió dejar la carrera militar y regresar a los suyos en Salerno, con el deseo de casarse bien. Tuvo tres encuentros con una señorita, pero al tercer la saludó afectuosamente, diciendo que se haría sacerdote, y la exhortó a entrar en un convento, lo que efectivamente sucedió. Se dirigió a Nápoles con el cardenal Sixto Riario Sforza, acompañado por un tío coronel, siendo ya muertos ambos papas. Oído el deseo del joven, el cardenal se mostró complacido, pero también prudente, y lo exhortó a reflexionar y a regresar con él después de 15 días. Mientras tanto, habiéndose orientado a dedicarse al cuidado de los enfermos, Amirante pensaba entrar con los Camilianos. Aconsejándose pero de un venerable canónica de la catedral de Nápoles, fue exhortado a entrar en el clero secular, Considerados la edad y los estudios ya realizados, el cardenal le condonó dos años según el curso regular y el 22 de diciembre de 1877 don Carlos fue consagrado sacerdote por monseñor Matarozzi, obispo de Ruvo y Bitonto, siendo vacante la sede napolitana.

Desde la ordenación sacerdotal a la inscripción a la Tercera Orden de los Siervos de María pasaron veinte años: en efecto aparece en el registro de los inscritos solo en 1897. En estos veinte años dio signos sin duda de celo apostólico y de eminente ejercicio de las virtudes sacerdotales y cristianas. Sus notas características fueron siempre la mansedumbre impactante y una paciencia a toda prueba.

Escritor del diario «La libertad», miembro del círculo para los intereses católicos de Nápoles, buen matemático, profesor de letras, optimo ejecutor d pizas musicales y experto compositor, fue docente en el colegio 'chino' llegando a ser Instituto oriental,, las escuelas normales Pimentel Fonseca, donde tuvo la alumna Matilde Serao.

El círculo de conocidos fue muy largo; se puede decir que las mayores figuras espirituales desde el final del siglo XIX viviente en Nápoles han tenido contacto con don Carlo Amirante. Entre ello cito al beato Bartolo Longo (1841-1926), la beata María Magdalena Starace (1845-1921), la beata Rosa Gattorno (1831-1900), la sierva de Dios María Anna Landi (1861-1931). Sobre estas dos últimas figuras damos algunas palabras.

Rosa Gattorno conoció a don Carlos cuando fundó su convento en el pueblo vesubiano de Cercola. Quedó muy impactada sobre todo por sus comunes capacidades administrativas y por la pericia en llevar a término los procesos burocráticos. También Amirante fue impactado por la santidad de vida de Gattorno, hasta que insistió para que fuese fundado también el ramo masculino de las Hijas de

Santa Ana, del cual él sería el primer miembro. No se llegó a ello, también por la poca salud de don Amirante; sin embargo cuando, le se fue a Roma su salud tuvo un agravarse notable a causa de las emotosis, Gatorno lo curó, teniéndolo en su casa.

Cuando, don Amirante regresó a Nápoles, retomó sus lecciones escolásticas, las visitas a los enfermos en los hospitales, y después fue párroco en las Clínicas universitarias: en este papel no tuvo temor de enfrentar las prohibiciones de los médicos masones, que prohibían la entrada a los hospitales, impidiendo el ejercicio del ministerio sacerdotal. En su habitual asistencia a los enfermos, aún siendo pobre, no rehusaba darles las ayudas económicas necesarias para las curaciones, vaciando el ya mísero portafolio. Se ha quedado memorable su dedicación a los enfermos de cólera con ocasión de la epidemia de 1884, cuando se quedó tres días y tres noches sin entrar a su casa. El encuentro fortuito con el Cardenal Guglielmo Sanfelice fue providencial, porque la obligó a alimentarse y a descansar un poco.

El año anterior, después del terremoto que destruyó casi completamente Casamicciola, acudió a prestar ayuda, sobre todo para extraer de los escombros los muertos y los niños sobrevivientes. Estos últimos fueron los llevó a Nápoles: con la ayuda de la duquesa Ravaschieri, fueron hospedados en los locales puestos a disposición de la piadosa bienhechora: nació así la «Casa Ravaschieri» para la educación de los niños.

Entre los varios cargos recibidos, fue también el del exorcista de la diócesis de Nápoles. La liberación de una poseída proveniente de Abruzzo le costó dos años de fatigas. El mismo demonio reconoció que contra de él no podía hacer nada, dado que estaba protegido por la Virgen María.

El cargo que duró más tiempo fue el que tuvo que desarrollar con la sierva de Dios Ana María Landi. Durante 46 años fue asistente espiritual de la institución por ella fundada. Landi era amiga de la familia Amirante y él la conoció cuando era todavía pequeña. Inicialmente todo fue tranquilo; don Carlo admiraba la santidad de vida de Ana María, pero quedó disgustado por las cómo se llevaban las cosas las actividades que ella desarrollaba. Le pareció que un espíritu mundano fuese entrado en la institución y de inmediato con los varios cardenales y arzobispos de Nápoles para ser cambiado de aquel encargo: sus exhortaciones a regresar al espíritu primitivo fueron regularmente caídas en el vacío, tanto que él consideraba inútil su asistencia espiritual. Sin embargo, los varios arzobispos insistieron para que permaneciera en su lugar y él obedeció, aunque con tristeza, hasta cuando la ceguera ya avanzada no le permitió seguir físicamente aquel oficio.

La única vez en la cual don Carlo Amirante no aceptó la obediencia fue cuando rechazó la elección al episcopado de las diócesis de Amalfi, Potenza y Matera. Nadie se maravilló, tanto que su humildad era sincera.

Se preparó con extraordinario cuidado para la muerte, que llegó el 20 de enero de 1934. Sepultado en el cementerio de Poggioreale, 20 años más tarde sus restos fueron colocados en la iglesia de los Siervos de María de San Pietro en Mayela, donde hasta ahora reposan.

El 20 de diciembre de 1954 tuvo inicio el proceso informativo diocesano, la cual validez llegó a ser sellado por la Congregación para las Causas de los Santos el 19 de julio de 1980. Después de las últimas disposiciones legislativas, hubo un suplemento de instructora en el tribunal eclesiástico de Nápoles, que se concluyó el 13 de febrero de 1987^[1].

[1] V.M. RAMASSO, *Amirante, Carlo*, en *Bibliotheca Sanctorum*, Prima Appendice col. 58; D. MONDRONE, *Mons, Carlo Amirante. Dalla breccia di Porta Pia all'altare*, en *I Santi ci sono ancora*, VIII, Roma 1983, pp. 128-148.